

El terror apocalíptico de una hermosa y brillante mañana

El Apocalipsis, el fin del mundo, aunque etimológicamente no sea propiamente el fin sino su revelación, ha de venir del cielo como se lee en el último de los libros del Nuevo Testamento. Fue el cielo el que sembró el pánico y la destrucción en Hiroshima, fue el cielo el que esparció la muerte en Pearl Harbor, el que derramó el horror y el sufrimiento en Guernica y ha sido también el cielo el que lo ha derramado en Afganistán. Según el Apocalipsis, será el sexto ángel de la trompeta quien suelte los “cuatro ángeles” para que en la hora, el día, el mes y el año preparados den muerte a la tercera parte de los hombres. Desde hace unos meses sabemos cuáles han sido esos “cuatro” ángeles venidos del cielo —cuatro boeings— y cuál ha sido la hora, el día, el mes, el año y el lugar preparados: 8.45 a.m., 11 de septiembre, 2001, Nueva York.

Si del cielo ha de venir el terrible y pavoroso Apocalipsis, la humanidad, a lo largo de su historia, ha querido alzar torres para alcanzar y dominar el cielo para, con ello, evitar la hecatombe. Todo inútil. En su *Torre de Babel* (1679), el filósofo, físico y jesuita Athanasius Kircher calculó que para alcanzar la luna se debía levantar una torre que comportaría 3426 años de trabajo de cuatro millones de hombres, una torre que, paradójicamente, con su peso destruiría la tierra. En casi todas las culturas las torres han sido símbolo de la vanidad humana, del poder, de lo fálico. Frente a la caverna de Platón, la caverna femenina de las ideas, se han alzado las erectas torres que parecían que no tenían que sucumbir nunca, pero todas, por distintas razones, se hundieron.

Se derrumbó la simbólica de Babel, sucumbió el faro de Alejandría, se vino abajo el altivo campanile de la plaza de San Marcos de Venecia e incluso se han derrumbado las torres de Manhattan, símbolo financiero de Estados Unidos y, por extensión, de Occidente (a las



Sarenco. L'Africain. 1990-2001



M. Schmitz. Heli Global Art Tour, 2001

10.05 se hundió la torre sur del World Trade Center y a las 10.28 la torre norte). El hierro y las nuevas tecnologías constructivas del siglo XX parecían haber resuelto el problema. Pero todo ha sido inútil. El cielo que sembró el pánico y la destrucción en Hiroshima, que esparció la muerte en Pearl Harbor y que derramó el horror y el sufrimiento en Guernica, ha vuelto a vomitar fuego y azufre. Sólo quedan, y quedarán por mucho que clamen al cielo torres de luz, cenizas en el “ground zero” neoyorquino.

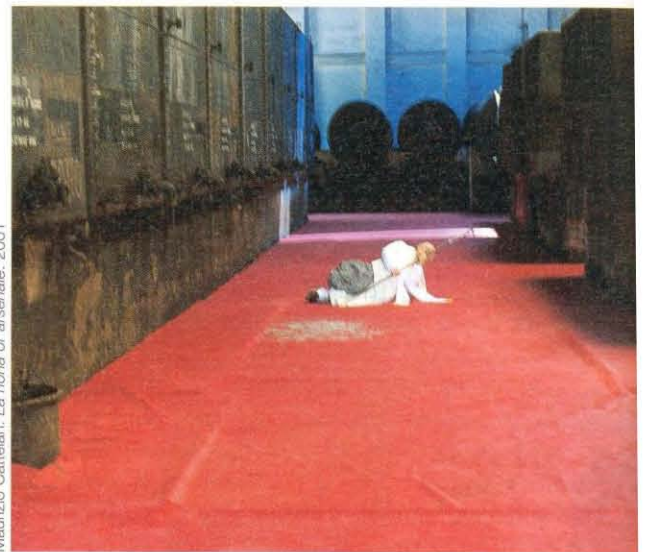
El arte adivinó ya tempranamente que la tecnología no lo es todo. La “Torre Eiffel en rojo” que en 1911-1912 pintó Robert Delaunay era una torre que se estaba derrumbando, y no por que la hiciese caer el cubismo, sino porque se empezaba a derrumbar el mundo que la había levantado, como así patentizaron la Primera Guerra Mundial y la Revolución rusa. Y es también el mundo que a principios de los años setenta alzó orgulloso las entonces torres más altas del planeta, las torres gemelas de Manhattan proyectadas por el norteamericano de origen japonés Minoru Yamasaki, el mundo también de los ahora desiertos de Afganistán, el que con estrépito y dolor se está derrumbando, aunque algunos, aquellos que con la excusa de impedir que el terrorismo marque el rumbo de la historia, no cesan de afirmar que nada ha cambiado tras el 11-S.

En el Apocalipsis de Juan es Dios quien envía a la tierra a los jinetes destructores. En el Apocalipsis atroz y sanguinario de Manhattan sabemos quien ha pilotado los aviones, pero no quien los ha guiado: ¿Podemos creer que ha sido el anticristo o, mejor anti-Nerón, Ben Laden? Es posible, pero no nos parece nada ingenuo ni tan

siquiera fruto de la venganza y, menos aún, de un justo afán de justicia arrasar desde el cielo —en este caso conociendo perfectamente quién manda a los aviadore destructores— a un país y a unas gentes ya devastadas por la propia historia. Ni se pueden argüir las “razones de Estado”, ni menos la máxima “el fin justifica los medios”. Tan sólo se puede hablar —y aceptar— de las razones y del dolor de las gentes. El mismo día 11, el filósofo norteamericano Arthur Danto en contestación a un mensaje mío de solidaridad personal, decía que para él era “imposible imaginar cuál era la psicología de aquellos que habían planeado y ejecutado tal terror”. Y el crítico e historiador Donald Kuspit en iguales circunstancias, me escribió: “la arrogancia del ataque —en una brillante y hermosa mañana— ha aturdido a todo el mundo. Los Estados Unidos están en guerra”. Para Kuspit, “un acontecimiento como éste pone la vida bajo otra perspectiva”. Y también ven seguramente la realidad bajo otra perspectiva las gentes de Afganistán, no sabemos hasta qué punto esperanzadas fuera las manifestaciones controladas de cortarse ellos las barbas y ellas quitarse las burkas.

Ante esta multiplicidad de perspectivas, lo cierto es que el arte de los últimos años ha intuido y presentado el cambio/ hecatombe/ guerra mediática que se avecinaba ante aquellos que lo han querido ver. En las últimas bienales y exposiciones epocales se ha respirado el ambiente apocalíptico de Manhattan. Día a día los artistas han levantado su bandera contra la tiranía del Imperio, contra la de los nacionalismos y religiones fundamentalistas, contra las falsas democracias, contra la globalización.

Sin ir más lejos, en los espacios de la Bienal de Venecia del verano del 2001 se presen-



Maurizio Cattelan. La nona or arsenale, 2001



taron obras que olían a tragedia como el libro profético que el ángel hizo comer a Juan, según relata el Apocalipsis, amargó sus entrañas. Muestra de ello era el incisivo *décollage* “Islam” del artista italiano Mimmo Rotella. En él, los ojos de dos mujeres islámicas nos interrogan a nosotros y les interrogan a ellas, y lo hacen sin que las preguntas rasgadas por el tiempo y por la pintura, parezcan tener respuesta. Frente a esas mujeres no había nada más que un pequeño pedazo de muro y —en el montaje de Venecia— el inmenso espacio desvencijado y ruinoso en el que, el también italiano Maurizio Cattelan, mostraba al papa Juan Pablo II, en el suelo ceremonial rojo intenso, fulminado por un meteorito caído de lo alto. El Islam interroga; el catolicismo recibe el castigo del cielo.

No lejos del enfrentamiento de religiones y, sobre todo, de posiciones religiosas, el guatemalteco Aníbal Asdrúbal López Juárez o su pseudónimo A1-53167 nos ponía ante uno de los grandes baluartes del estado guatemalteco: la milicia, la inteligencia militar, los pelotones de la muerte, y nos echaba a la cara el terrorismo de Estado. Christoph Raeger anticipaba un apocalipsis de nubes terroríficas y Rineke Dijkstra profundizaba en la gente israelí, en militares y

escolares que lo fueron y ya no lo son, en cómo el tiempo se ha vengado en sus cuerpos, en sus rostros, unos rostros que en su silencio piden algo, aunque no queramos oír lo que piden. Al mismo tiempo el ruso Sergei Shutov en su impresionante instalación *Abackus* confrontaba las grandes religiones (cristianismo, budismo, judaísmo e islamismo) en una visión ecuménica con connotaciones sociales. No todo, sin embargo, en el arte de la bienal veneciana era enfrentamiento y dolor. También había esperanza. En el “Heli Global Art Tour” un helicóptero volaba ficticiamente por los museos del mundo para recaudar fondos para los huérfanos de África.

Podríamos citar muchas más obras de arte, muchas de las cuales han dejado de ser bellas —las hay sublimes, lo cual poco o nada tiene que ver con lo bello— para hurgar en las entrañas de la miseria humana, en las de los tabúes sociales, racistas, sexuales.... Pero no hace falta citar más, tan sólo decir que creemos que estas obras de arte van más al fondo de la cuestión, de lo que van, por ejemplo, las películas de catástrofes o las novelas de ciencia ficción, como la premonitoria de Tom Clancy que el 11 de septiembre del 2001 se hizo realidad.